LA EDUCACION EN LA AMERICA HISPANA

POR

AGUSTIN NIETO CABALLERO

Bastante mal anda en nuestra América el oficio de ser rico, la ética como la estética de ser rico. Se me ocurre por lo mal servido que se ve tal oficio, que ha de ser complejo como un ave asiática, el Ave de Paraíso, por ejemplo, con tan bella pluma que gobernar, o como el faisán geológicamente decorado.

Muchísimas fortunas locas cabrillean sobre nuestra América; locas de la manera que las entendió el mito: insensatas como un ebrio, y además impúdicas. A Europa vienen siempre ésas, a lucirse, a pagar a mil francos el champaña que vale cincuenta y a pedir que las engañen modistas, sastres, joyeros, choferes y demás. El francés piensa que toda la selva está hecha allá de estos árboles de corcho y se ha creado ya el sinónimo: rico brasilero, rico argentino, rico mexicano, o sea hombres ubicados en geografías opulentas, equivalen a búfalos torpes, glotones y odiosos.

Suele de tarde en tarde pasar por aquí, sin embargo, el que yo llamaría un rico no abotagado por la abundancia sanguínea del poseer, ni costrudo tampoco por una fea vida de negocios. A estos los ignora el francés, porque traen hecho su gusto y no buscan «conocedor» para comprar cuadros; pagan los vinos a su enjuto precio y no se sientan un mes seguido en las mesitas banales del cabaret hasta hacerse familiares al propio tapiz de la sala...

Así pasó por París, por Bruselas y Londres, Agustín Nieto Caballero, un rico que gozó museos con ojo bastante sagaz; que se aprendió paisajes finos de la muy culta llanura europea, diciendo palabra oportuna sobre nuestro suelo estropeado por el abandono, y que sobre todo, miró

escuelas, escuelas ilustres, escuelas logradas, las escuelas que mima y pule la pasión europea del niño.

De su Bogotá viajó primero hacia el Sur, hacia Chile, la Argentina, el Uruguay, con gana de completarse en la mirada su América del Sur. Contó en cada «descanso» de viaje su mejor Colombia, es decir, su Colombia letrada y pedagoga, haciéndose oír con gusto, porque dicen que habla con la convicción que allá nos atrapa el alma y con la sencillez sarmentiana que nos gusta también.

Después de decir lo suyo, pidió datos de lo nuestro, por complacencia fraterna de conocernos hasta la almendra de la obra y de recibir la experiencia de la raza común, que es la que mejor sirve y la que bien salva. —«¿Cómo han resuelto ustedes tal problema de la escuela primaria?» —¿Y cómo tal otro de la escuela secundaria?»

Oía y pedía los recovecos del asunto, que suelen esconder los de la casa...

En las escuelas que visitaba encantó a muchachos y niñas, desplegándoles su Colombia en lujosa cretona de descripción. Algunos que le oyeron me han dicho su asombro «de oír a un profesor hablar tan bellamente», y yo me he sonreído de su muy justa extrañeza, pensando en la lengua de estopa o de piedra pómez que usan los pedagogos a que están acostumbrados los pobrecitos.

Su jira por nuestra América austral, batiendo su cultura como un buen oro y levantando en la cotidiana conversación delante del compañero la lámina pura de tal o cual nombre literario o pedagógico de Colombia, fué de un éxito bien legítimo que yo no sé si conocieron por alguna seria información amplia sus compatriotas y especialmente los que lo secundan en la empresa del Gimnasio.

Se hizo de más leales amistades sudamericanas que un diplomático floripondioso, y tiene ahora su mapa moral del continente, que tal vez se parezca un poco al mío.

Nieto atravesó su Atlántico rumiando las conversaciones con Juana de Ibarbourou, con Nelson, con Vaz Ferreira, con Molina, con Luisa Luisi, con Salas Marchan, contento de su geografía caminada, es decir, legítima.

Creo que entró a Europa por España, donde lo alentaron las excelentes cosas que hace en pedagogía el grupo Giner de los Ríos, o sea la «Junta de Ampliación de Estudios». Consuela mucho ver ese gayo conciliábulo de conspiradores de la cultura nueva de España.

Yo no conozco personalmente a Agustín Nieto Caballero. Nos hemos buscado como los niños en las «escondiditas», dándonos juegos de ecos, desde un rincón a otro de Europa. Las referencias que de él he recibido me lo han formado como las estampas de papel cortado, y creo que mi Agustín Nieto está ya casi acabado..

Le siento la sensatez pedagógica en la elección que

hizo de Bélgica como ejemplo bueno para su Colombia, entre los ejemplos escolares que venía a buscar en Europa. País casi latino y con bastantes filtraciones casi españolas en el temperamento, es decir, con algunas coincidencias morales respecto de nosotros. País democrático, que así, con monarquía y todo vale lo que la mejor república. Por último, país con gran Maestro a quien adobarse, con Decroly, que no desmerece ni de la Montessori italiana ni del Ferriere suizo.

Nieto visitó a Decroly, le gozó bien la escuela que tiene apegada a su casa, la rural, y la otra, la espléndidamente urbana, con sus ojos alertas de técnico; le vió usar el material de enseñanza que es la mitad de su método; le conoció a aquellos a quienes ha formado, para mejor entender al Maestro. Acabó Nieto su visita no a lo sudamericano, con un elogio altisonante, sino pidiéndole maestros para su Gimnasio, y convidándole además a ver lo suyo de Colombia. Con su calurosa manera supo incitarle a poner su pie en la América, que es un hecho nuevo, y capitoso, del mundo viejo.

Decroly se sorprendió un poco de este educador rico, que es, mejor que eso, un rico-educador, lo que el rico debió ser siempre, si hubiese querido cumplir su oficio de este mundo. Aceptó, pues, la invitación; entendía bien que Europa debe enseñar y aprender al otro lado del mar. (¿No le convendría a esa Europa salir un poco de su hoyo de avaricia, de su ictericia de ahorro morboso, y vivir unos mèses en tierras de vida más liberal, más amplia? Nos dejaría allá disciplinas y se traería una sangre oxigenada por aquella generosidad española de la que Europa ni tiene idea.)

Agustín Nieto nos hizo un favor profundo con llevar a su casa escolar a un gran profesor europeo. Tenía en su Gimnasio Moderno un trigo pedagógico ya granado, un hogar de niños planeado y cumplido con gran aliento, donde hospedar huésped de estas calidades, sin ninguna humillación. Yo estoy segura de que en la acogida que el educador belga dispensó a la gente americana que lo visitaba, y de la cual yo he disfrutado también, estaba invisible la volteadura de concepto que había verificado en él un colombiano. La América del Sur, para Decroly, no deletrea los métodos; se ha abonado a su debido tiempo de un poco de Pestalozzi, de Herbart, de Spencer y de los otros. Ahora cuela y cierne y aglutina, con unas manos eficacísimas que se llaman Vasconcelos, en México; Nieto Caballero, en Colombia; Nelson, en la Argentina, y el gallardo grupo de maestros reformadores de Chile, que comprende a Fernández Peña, Amanda Labarca, Pinochette. Esta es la América del Sur, con buena voluntad para hacerse, que, gracias a Nieto Caballero, tenía en su retina

Decroly, y de la que solía hablar con su sonrisa medio de niño, medio de viejo, a sus colegas belgas.

Del Gimnasio Moderno de Bogotá he de escribir yo larga y lealmente más tarde. Ahora no quería sino alabar a un rico-fénix, a un rico en ejercicio de su mandato moral, que no huye su oficio, que lo supo a tiempo y que lo sirve para asear un poco esa cosa fea que es, vista en conjunto, la gran riqueza sudamericana.

El hombre colombiano ha entendido hasta el tuétano ese adjetivo «dirigente», que en nuestros países se aplica al individuo de cierta situación: político, universitario o, sencillamente, hombre de fortuna.

Yo conozco poco de Colombia: sus finas letras, desde la estrofa un poco tiara de Valencia, hasta la pirueta de luz de López, pasando por la obra ya adulta de López de Mesa y por la de varios compañeros que mucho distingo. Algo empiezo a saber de su geografía, que ahora me estoy leyendo por puro goce panorámico y vegetal. Si sus hombres de gobierno empinan su política al nivel de estas dos excelencias anotadas, podrían dar medios a Nieto Caballero, los medios oficiales que superan siempre a cualquier fortuna privada, para que Colombia saque cabal provecho, largo y perfecto provecho, del dirigente tipo que les ha nacido.

GABRIELA MISTRAL.

No puede ser sino con una honda emoción como los educadores de las cinco partes del mundo vuelven a tomar contacto después de largos años de forzado aislamiento. Muchos conceptos hicieron quiebra en este lapso; principios que considerábanse intangibles, vinieron a tierra como ídolos que de la noche a la mañana hubieran perdido el fundamento mágico que los sustentaba; monumentos de cultura milenaria y obras de la más refinada civilización fueron barridos para siempre de la faz de la tierra por el vendaval de la guerra...

Esto, y más, ocurrió; pero quedaron en pie, y no sólo intactos, sino reforzados, los ideales que nos unían antes de la catástrofe: ideales de servicio a los altos intereses del espíritu, de respeto por la persona humana, de libertad dentro del orden; ideales de progreso cultural, y de buen entendimiento entre los pueblos. Todos estos nobles anhelos se resumen para los educadores, como es obvio, en un amplio y fervoroso ideal de educación.

Nuestros colegas de allende el mar harán el replanteo del problema educativo en aquella parte del mundo. A nosotros se nos pide que reseñemos sucintamente lo que en la materia corresponde al conjunto de las naciones de la América española. No se trata de estudiar aisladamente el estado de la educación y los actuales móviles de acción de cada una de las veinte Repúblicas iberoamericanas. Ello sobrepasaría las proporciones de un estudio de síntesis. Se trata, únicamente, de enunciar los puntos básicos sobre los cuales se sustenta la realidad educativa de estos veinte países en la hora presente.

Desde luego conviene destacar la circunstancia de ser este continente de la América hispana el único gran territorio del mundo que contempló de lejos la guerra, y apenas si fué afectado por ella.

En reciente viaje, en un largo recorrido —desde Inglaterra

hasta Grecia— pudimos darnos cuenta de la magnitud de esta catástrofe que sembró la muerte, la ruina, la miseria y la desolación, de uno a otro extremo del continente. Ante aquel espectáculo de abatimiento y de dolor —destruídas las ciudades, abandonados los campos, desgarrados los hogares—, teníamos que pensar en el contraste que aquel panorama ofrecía con el de nuestros países americanos, pletóricos de vida, con sus ciudades intactas, sus campos cultivados, sus hogares felices o no más infelices de lo que pudieran estarlo en los años anteriores al conflicto mundial.

Tan protuberante es esta realidad que el viajero desprevenido que en estos días venga de Europa a América advertirá desde la llegada al primer puerto o a la primera capital, cualesquiera que éstos sean, cómo los años de esa arrasadora devastación de allá fueron precisamente los de más intensa creación entre nosotros. La verdad es que jamás se trabajó en estas tierras americanas con mayor ímpetu constructivo que en los años de la guerra. Lo que ya no podía venirnos del extranjero tuvimos que fabricarlo. Éramos, en lo general, gente que hasta entonces sólo producíamos materias primas que enviábamos al exterior para que de allí nos las devolvieran en productos manufacturados. Y aun para la extracción, acondicionamiento para la exportación, de esas materias primas, empleábamos técnicos extranjeros. Todo cambió. Nos hicimos empresarios y fabricantes. Minas, caídas de agua, ganadería, agricultura, fertilizantes, en acelerado proceso de industrialización, dieron nuevos rumbos a nuestra actividad. Y lo que es más importante, comenzamos a tener fe en nuestras propias fuerzas. Empezamos a mirar hacia nosotros mismos. La guerra nos puso en el obligado aprieto de ensayar en toda su magnitud nuestra capacidad creadora. El aislamiento en que nos mantuvo la gran contienda mundial, nos obligó a pensar y a obrar por cuenta propia. Sometidos a la prueba de la encrucijada aguzamos la inteligencia, multiplicamos los esfuerzos, las iniciativas, los ensayos, para buscar una salida, y encontramos que eran muchas las que estaban al alcance de nuestras posibilidades.

No abandonamos por esto los intereses de la cultura ni renegamos del extranjero. Por el contrario: le abrimos las fronteras de nuestros países a buen número de hombres de pensamiento y de ciencia, de aquellos que no pudiendo pensar libremente en sus países de origen buscaron el amparo de estas tierras libres. Si no fuera despiadado hablar de *beneficios* de la guerra podríamos decir que esta inmigración de gentes de alta cultura fué un inesperado beneficio que nos trajo esta catástrofe.

A este respecto cabe decir que nosotros entendemos la cultura como un bien universal que no es privilegio de ningún pueblo, de ninguna raza, de ninguna zona de la tierra, sino que a todos nos pertenece y que todos hemos de saber aprovechar. De ahí el que haya sido habitual en nosotros abrir nuestras puertas, y las ventanas de nuestro espíritu, a todo lo benéfico que pueda llegarnos de fuera. En esto somos parecidos todos los pueblos de América. España nos legó su idioma, su religión, sus tradiciones,

pero a la par de ella, Francia e Inglaterra, y también Italia y Alemania, en sus horas de libertad democrática, han sido nuestras educadoras.

En detenido viaje de estudio por los países de la América del Sur pocos años después de la primera guerra mundial, advertíamos la extraordinaria similitud de aspiraciones entre los países de la América española en los campos del espíritu y la casi identidad de nuestros problemas educacionales: analfabetismo, falta de locales escolares adecuados, excesivo número de alumnos para cada maestro, escuelas primarias como única instrucción para las clases populares, deficiente formación del magisterio, falta de escuelas técnicas, segunda enseñanza encaminada exclusivamente hacia la Universidad, enseñanza libresca; desvinculación entre la escuela y la vida, ya fuese aquella escuela la rural, el Liceo o la Universidad.

En nueva correría de estudio, veinte años después, encontrábamos que se mantenía la similitud de problemas, y más luego, con oportunidad de la visita realizada a las capitales de diez Repúblicas americanas, en conversación con los dirigentes de la enseñanza, hemos podido darnos cuenta de que nuestros afanes culturales siguen siendo semejantes, con semejanza aun en el ritmo acelerado con que en una y otra parte se va progresando. Se construyen escuelas, se ensayan nuevos métodos, se crean institutos técnicos, se envían profesores en viaje de estudio al extranjero, se remozan los programas de enseñanza, se da cabida en los planes de estudio a las disciplinas desinteresadas que son formativas de la personalidad. Ya la escuela que sólo instruye no satisface; se exige que ella eduque también, y que eduque al pueblo, llegado ya a la escuela secundaria, a la Universidad y al Poder.

La guerra no causó ningún tropiezo para el adelanto de la educación en esta parte del mundo. Antes bien, como hubo mayores recursos, con balances de pago favorables, se vió un mayor florecimiento en los campos educativos; los presupuestos destinados a la cultura se duplicaron y triplicaron en más de una nación. Hubo países que construyeron más escuelas, crearon más bibliotecas y laboratorios y realizaron mayor labor de extensión cultural en los cinco años de guerra que en las dos décadas anteriores.

II

PRIMERA Y SEGUNDA ENSEÑANZA

ANALFABETISMO

Las estadísticas muestran que, a excepción de tres o cuatro países latinoamericanos, todos los demás sufren de agudo analfabetismo, en proporción que llega por lo general a más del 50 por 100 de su población. Las causas de tamaño atraso son bien conocidas: tenemos una población que se halla dispersa en inmensos

territorios, no todos accesibles por vías rápidas de comunicación; el labriego de nuestros campos y plantaciones reclama desde temprano la ayuda de los hijos, y no siente la necesidad de que éstos aprendan a leer y a escribir, no teniendo luego, como ellos mismos dicen, qué leer ni a quién escribir; los Gobiernos, por su parte, fueron habitualmente poco sensibles a esta urgencia de ilustrar a las masas, y aun cuando ya no queda ningún país de América en conde no se haya votado la ley de instrucción obligatoria, tal precepto se ha hecho en gran parte inoperante, en las zonas rurales, por falta de medios para hacer efectiva esta obligación, y en las zonas urbanas porque las escuelas oficiales existentes, no obstante haber sido considerablemente aumentadas en los últimos años, no alcanzan todavía en muchos países a ser suficientes para los que voluntariamente se encaminan a ellas.

Conscientes todos estos países de la gravedad del problema, intensifican en la hora presente su lucha por extirpar la oprobiosa lacra del analfabetismo. Para este efecto se han organizado las escuelas ambulantes; se han construído edificios de Concentraciones Escolares en sitios estratégicamente colocados en las comarcas rurales; se han establecido servicios de transportes gratuitos para los habitantes de las veredas y los campos; se han repartido millares de cartillas; se han fundado clubs y patronatos de desanalfabetización, y para los analfabetos adultos se han multiplicado las escuelas nocturnas primarias y los cursos universitarios de extensión popular.

Se han hecho, por otra parte, toda clase de esfuerzos para duplicar o triplicar la capacidad de las escuelas primarias congestionadas, en los sitios en donde existe una abundante demanda popular. La solución más común es la de las *escuelas alternadas:* tres días para unos grupos, tres para otros; escuelas de mañana y de tarde; escuelas de tres turnos al día.

El analfabetismo no es el mismo en las zonas urbanas que en las zonas rurales. En las urbanas no llega en la mayoría de los casos a más del 20 por 100, pero en las rurales sube con frecuencia este porcentaje al 80 y al 90 por 100, y en algunos sitios remotos es total.

Pero el analfabetismo solo no da un índice completo del atraso de los pueblos. Hay cosas que son más graves que la ignorancia: la falta de salud, las míseras condiciones de vida, la carencia de un sentimiento de decoro personal y de dignidad humana. Estas cosas no las da el alfabeto de por sí. Hay que ir más lejos de donde se llega con el solo aprendizaje de la lectura Hay que llegar a la educación y a la asistencia social. Esto es, precisamente, lo que están haciendo varios países iberoamericanos. No es un consuelo para ellos el ver por estadísticas recientemente publicadas que más de la mitad del género humano no sabe leer ni escribir, y, lo que es peor, que no vive en condiciones que pudiéramos llamar humanas.

ESCUELAS RURALES

Tres cuartas partes de la población iberoamericana son población campesina. La educación rural asume así en todos los países del continente una importancia capital. Por desgracia, los programas confeccionados para estas escuelas no consultaron casi nunca la realidad ambiente, y el labriego perdió por mucho tiempo su confianza en este tipo de escuela que nada le enseñaba al niño en relación con su vida. Las Escuelas Normales Rurales que preparan una maestra y un maestro con un nuevo espíritu vienen modificando desde hace algunos años esta situación. Los maestros que allí se forman saben ya que, antes que enseñarle al niño a leer y a escribir, es preciso enseñarle a vivir mejor de lo que habitualmente vive. Este nuevo tipo de maestro está ya preparado para enseñar al niño a conocer su medio y a servirse de él. Sabe, por otra parte, que la instrucción es sólo una porción de su tarea, y reserva lo mejor de sus fuerzas para crear en sus discípulos hábitos fundamentales; hábitos de higiene, de orden, de trabajo; un generoso espíritu de cooperación, disciplinas morales y un fuerte sentimiento de dignidad personal.

El maestro rural ha de estar preocupado de la manera como vive el campesino, de sus costumbres, de su albergue, del contenido de su nutrición, de los problemas de su hogar. Su misión es apostólica. Así debe comenzar por entenderlo desde el propio día en que se hace cargo de la escuela que le toca dirigir.

Junto a ellos, los Inspectores escolares velan por el buen rendimiento de la obra emprendida. Estos Inspectores no son ya los hirsutos fiscales que llegaban sorpresivamente a las escuelas al acecho de irregularidades, levantaban un acta que por lo general era cabeza de proceso y sólo consideraban su misión cumplida cuando estaban seguros de haber logrado amedrentar al maestro visitado. Los Inspectores de hoy tienen una misión distinta: son animadores y colaboradores de la acción de los maestros. No es necesario decir más para poner en evidencia el contraste entre una y otra política docente.

EL ESPIRITU DE LAS NUEVAS ESCUELAS PRIMARIAS

Aun cuando en algunos países se ha dado el nombre de *revolucionaria* a la nueva escuela de primeras letras, no se ha de entender por esto que a la escuela le obliga estar en revolución permanente. Todos sabemos que si de algo requiere la labor educativa es de acción ordenada y congruente. El nombre de *progresiva* se adapta quizá mejor a esta escuela de nuevos propósitos y nuevas modalidades. En efecto, lo que se busca es una nueva institución en permanente desarrollo. Una escuela en donde se conserve y se investigue. Una escuela con oportunidades de trabajo en donde los alumnos no estén repitiendo de memoria cosas que no entienden, sino disciplinando su inteligencia y su voluntad.

Una escuela que no prepare exclusivamente para los exámenes, sino primordialmente para la vida.

Se quiere que esta nueva escuela pública sirva a toda la colectividad, no como la vieja escuela oficial, que era, y con ello se marcaba fatalmente una diferencia de clases, sólo para huérfanos o pobres de solemnidad; pero el estudiante necesitado de apoyo encuentra ya en esta nueva escuela del Estado múltiples obras sociales que acuden en su ayuda: restaurante, asistencia médica, clínica dental, elementos de enseñanza y aun Colonia de Vacaciones para la recuperación de la salud o para el simple descanso. Todo lo que beneficie directamente al estudiante carente de recursos es ofrecido al pueblo, cada vez con mayor generosidad, por los Gobiernos nacionales o municipales o por las obras de asistencia social debidas a la iniciativa privada.

En la mayoría de los países americanos, la escuela primaria comprende cinco o seis años de estudio, y da los mismos rudimentos que en todas las partes del mundo; pero es evidente que ya a nadie satisface la enseñanza exclusiva de la letra y el número, sino que en todas partes se quieren resultados de mayor eficacia social; de ahí el que cada vez se hagan nuevas exigencias sobre la preparación que ha de tener el maestro. Infortunadamente la remuneración que a estos servidores públicos se ofrece no guarda ninguna relación con estas exigencias que a ellos se hacen, y vemos acá, como se ha visto en otros sitios, la deserción paulatina del elemento masculino del magisterio primario, campo que va siendo ocupado cada vez más por la mujer, más abnegada y más modesta en sus aspiraciones de vida.

EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA

La segunda enseñanza, como la primaria, busca en estos momentos en todos los países de América una mayor relación con la vida. Quiere esta segunda enseñanza preparar al estudiante para la ciudadanía, y no exclusivamente para la Universidad. El tipo del Liceo puramente *intelectualista* ya no es aceptado en ningún país. No está de acuerdo con las necesidades de la hora, y ninguna escuela convendría en ser llamada inactual.

Tenemos a la vista los planes de estudio de la mayoría de los países iberoamericanos, y encontramos que en todos ellos, con dos o tres excepciones solamente, el *pensum* consta de seis años, cuatro de enseñanza general y dos de especialización. Esta similitud ha permitido llegar a convenios de equivalencia de estudios y de títulos, entre países americanos, sin mayor dificultad. Con relación a estos títulos hemos de anticipar que se da el nombre de bachiller en varios países, entre ellos España, no a quien ha cursado estudios universitarios, sino a quien concluye los seis años de la enseñanza secundaria, llamados por esta misma circunstancia años de bachillerato.

Sintéticamente pudiéramos decir que el plan de estudios de

la segunda enseñanza —salvo en lo relacionado con las escuelas industriales, agrícolas y de comercio, que siguen las normas internacionalmente conocidas— comprende en nuestros países, en sus cuatro años comunes, cuatro grandes disciplinas espirituales que se escalonan paralelamente a todo lo largo del cuatrenio: las *Matemáticas* (aritmética, álgebra, geometría plana y del espacio), las *Ciencias Naturales* (iniciación en biología, física y química, botánica, zoología y fisiología e higiene), los *Estudios Sociales* (geografía, historia, instrucción cívica) y la lengua materna, que ya no es sólo un estudio de la gramática y la ortografía, sino un verdadero agente de cultura que estará presente en todas las demás asignaturas. Complementan este plan, por una parte, los idiomas extranjeros —inglés y francés obligatorios en la mayoría de los países— y la educación física y social, los trabajos manuales, el dibujo, la música y el canto, que no faltan ya en ningún repertorio docente.

Los años quinto y sexto se bifurcan por lo general en tres direcciones: humanidades, matemáticas y ciencias biológicas o naturales. Horas opcionales en los cuatro años de instrucción común le han dejado abiertas las puertas al latín, entre otras disciplinas, para quienes deseen tomar desde temprano tal orientación.

Esta síntesis pudiera aparecer un tanto precipitada a los que hayan de entrar en los detalles. Se podrá observar que en algunos países se aboga ya por una especialización que ha de comenzar desde el primer año de la segunda enseñanza, y que en otros, por el contrario, se defiende la tesis de la cultura general hasta en los mismos años quinto y sexto, que son los que hemos llamado de la bifurcación. Esto es así, excepcionalmente, pero lo general es lo que dejamos anotado.

Llegados a este punto cabría preguntar si la defensa de la cultura general a todo lo largo del bachillerato, con sólo una opción de algunas horas para lo que realmente responda a una verdadera vocación, no estará más en consonancia con el anhelo de orientar la segunda enseñanza hacia una amplia preparación para la ciudadanía y no exclusivamente para la Universidad. Pero esto sería entrar en la animada polémica que está al orden del día, y ello no tiene cabida en un estudio que debe ser puramente informativo

Conviene, sí, hacer hincapié sobre el hecho de que la tendencia en todas partes es dar, como para la enseñanza primaria, igualdad de oportunidades a todo el pueblo para que pueda gozar de los beneficios de la segunda enseñanza que estaba antes reservada a lo que se ha llamado la buena sociedad, la gente de *cuello blanco*, según el término saxo-americano. El hecho es que la escuela secundaria aparece hoy como un simple peldaño que sigue al de la escuela primaria, y no como una sala de espera para el ingreso a una facultad. En efecto, la clientela de la segunda enseñanza es hoy más numerosa y más variada que nunca, extraordinariamente heterogénea en procedencia, en intereses, en ambiciones, en capacidades y, como es natural, no toda esa clientela, aunque sí buena parte de ella, lleva camino de la Universidad.

Atentos a este hecho los Gobiernos se vienen preocupando seriamente por el problema vocacional, y ya parece en algunos prospectos oficiales la creación del puesto de un consejero o experto que ha de hacer parte del personal docente de cada Liceo para ayudar a los alumnos en la escogencia de los cursos opcionales y en la permanente orientación de sus estudios.

Es notorio también el afán por dar una estructura de cosa viva y coherente a todo el plan de la segunda enseñanza. Vamos comprendiendo ya que las ramas de estudio no son porciones de conocimientos aislados que han de estudiarse separadamente, sino fundamentos básicos de la cultura general que se hallan lógicamente correlacionados y forman, por tanto, un todo armónico de disciplinas esenciales para la formación del espíritu.

Asímismo es de anotarse la importancia que se está dando en las escuelas de vanguardia del continente al aspecto educativo del Liceo. La formación del carácter, las disciplinas religiosas, los hábitos de bien obrar y de pensar limpiamente, los conceptos de caballerosidad y decencia, como normas de vida, han tomado el puesto de primera línea que les corresponde en tales planteles.

III

MAGISTERIO Y UNIVERSIDAD

LOS METODOS

Si se nos pregunta qué métodos se emplean hoy en la enseñanza en los países de nuestra América, tendremos que responder que todos en general y ninguno en particular. En todo caso, no es el método el que cuenta, sino el maestro que lo pone en práctica. Lo que sea el maestro, esto será la escuela; tal es la verdad primordial. Y de ahí la importancia que adquieren las Escuelas Normales, en donde se da la nueva orientación al Magisterio.

Los métodos han variado desde cuando se persiguen nuevos objetivos. Cuando sólo se buscaba repetir lecciones como única finalidad de la escuela, bastaba con ejercitar la memoria y establecer un código de sanciones para su debilidad. Se persiguen ahora otras cosas, como lo hemos visto. La clase debe ser viva, con participación activa del alumno. Ya no podrá servir, pues, el método de la disertación o del dictado monótono, invariable, por parte del profesor, y la recitación servil por parte del estudiante. El profesor tiene que remozar cada día sus conocimientos, y el alumno ha de adquirir no sólo informaciones, sino hábitos de trabajo. Explica este propósito el auge que han tomado los métodos de Laboratorio y de Unidades de Trabajo, que obligan al profesor a estar al día, a ser él también un estudiante, y al estudiante a investigar, a darse cuenta de las cosas, a preparar su mente para resolver problemas. Así el aula no será ya una sala de conferencias, sino un taller, un verdadero laboratorio de cosas y de ideas.

De esta suerte, la clase estará animada continuamente, agitada por múltiples iniciativas. Habrá tareas de equipo para que los alumnos aprendan a trabajar en colaboración, y habrá foros o discusiones informales sobre temas controvertibles, y seminarios accidentales para la búsqueda de datos y elementos de juicio en asuntos que muevan a la investigación. La enseñanza no estará limitada a las cuatro paredes de la clase, porque habrá visitas de estudio y excursiones que pondrán al alumno en contacto directo con personas y cosas distintas de las que forman el pequeño mundo de la escuela.

Estudiado el asunto desde un punto de vista universal, no puede decirse que haya nada realmente nuevo en los métodos que enunciamos. «Viejo vino en odres nuevos», cuando más. Al decir, por ejemplo, que los nuevos sistemas enseñan a observar, a investigar, a darse cuenta de las cosas, y que tales métodos preparar para la vida, no hacemos sino actualizar viejas teorías expuestas en libros cuyas páginas ya ha amarillado el tiempo.

A pesar de todo, estos métodos encuentran, como todo lo que obliga a un cambio y tiene un valor, enemigos combativos, y muchos de ellos están entre los mismos elementos del magisterio. Son estos enemigos de la más diversa índole: los apegados a la rutina que tiemblan ante toda renovación; los perezosos que rehuyen de antemano el esfuerzo que adivinan tendrán que hacer para modificar su enseñanza; los escépticos que de todo dudan; los pedantes que todo lo critican porque de todo saben más que los demás. Por fortuna, frente a estos combatientes están los maestros que no erraron su vocación; los que tienen fe, los que estudian y trabajan, los que ponen espíritu y corazón en su labor, los que cada día anhelan ser «más que ayer y menos que mañana». Mientras los otros discuten, éstos van sacando avante las reformas de los sistemas ya caducos y sembrando, calladamente, la semilla del buen espíritu por dondequiera que pasan.

Vamos ya poniéndonos de acuerdo sobre lo fundamental, aun sin habernos reunido expresamente para hacerlo, por la sola fuerza de los imperativos de la hora presente. Por mucho tiempo discutimos si primero debíamos filosofar y luego vivir, o viceversa. Hoy parecemos convencidos de que nada ganamos con la discusión y que ambas cosas nos son necesarias: vivir y filosofar, filosofar y vivir, alternativamente.

Por lo que hace a las reformas *decretadas* no hay que entender que todas ellas se han realizado o que se hallen siquiera en curso de realización. Muchas se han quedado en el papel. Los cambios espirituales requieren un proceso distinto y más complejo que el requerido por los cambios materiales. No es ciertamente lo mismo derruir un viejo caserón y levantar en su sitio una construcción moderna que dar una batalla contra las fortalezas de la rutina para abrirle brechas al espíritu renovador. El decreto o la ley que estatuye una reforma es sólo como si dijéramos una declaratoria de guerra contra lo que está imperando, pero ha de venir luego la movilización general, y se ha de estar en espíritu

de ir al combate, y se han de librar muchos encuentros para asegurar la victoria que se quiere conseguir.

Pero hay asimismo reformas efectivas que se han conseguido sin que nadie las haya decretado. Surgieron del fundo anónimo de la colectividad. Fueron a menudo nada más que una chispa que brotó de un cerebro iluminado o simplemente inconforme, y que se hizo luego llama en torno suyo. Es estimulante ver cómo existe en cada país de América un pequeño grupo de fervorosos trabajadores en el campo de la educación. Ellos son los que han mantenido encendida la llama de la renovación por sobre todas las vicisitudes.

LA UNIVERSIDAD

No ha quedado la Enseñanza Superior al margen del movimiento de reforma. Son varias las Universidades iberoamericanas que hunden sus raíces en siglos pasados, mas no por esto se han quedado de espaldas al presente. Han sabido armonizar tradición y razón. Rivalizan hoy en entusiasmo progresista, sin que para ello hayan tenido que renegar de su historia, de la cual, por el contrario, viven altamente orgullosas.

Por mucho tiempo las Universidades del Continente sólo contaron con Facultades de Teología, Filosofía y Letras, Leyes, Medicina y acaso Ingeniería. Hoy se hallan enriquecidas con Altas Escuelas de Ciencias Naturales, Agricultura, Veterinaria, Química, Farmacia, Odontología, Arquitectura, Pedagogía, Bellas Artes, Educación Física, Administración de Negocios, y varias de ellas cuentan con diversos institutos de investigación científica, suntuosas bibliotecas, laboratorios espléndidos, radiodifusora, cinematografía, imprenta, todos los instrumentos de la moderna cultura. Los conciertos, las exposiciones de arte nacional y extranjero, las conferencias de índole universitaria, las excursiones, los viajes dentro y fuera del país, multiplican las oportunidades que tiene hoy el estudiantado para su formación técnica y cultural.

Como se ve, la Universidad hispanoamericana ya no es el cerrado torreón de estrechas ojivas por donde apenas se cuela la luz del exterior. Ahora es mansión espaciosa de grandes ventanales desde donde se divisan los más amplios y variados panoramas, y sus puertas permanecen abiertas de par en par.

Los rectores —algunos de ellos, al menos— vienen preocupándose desde hace algunos años por dar a la juventud algo más que una simple preparación profesional. Aspiran a crear en la generación nueva una verdadera conciencia cívica. No se contentan con adecuar al individuo para que asegure su bienestar económico. Quieren asimismo desarrollar en él un amplio espíritu de cooperación para que el bienestar general pueda quedar asegurado también. Ciencia y conciencia van hermanadas en sus propósitos.

La verdad es que la Universidad tampoco se contenta con instruir solamente, sino que quiere educar también. Entiende que

su misión es científica y docente a la vez. Muy bien que el universitario de hoy sea un hombre de su tiempo; que conozca su país y sus problemas; que posea las técnicas que lo capacitan para dominar mejor su medio. Mas ¿de qué servirá todo esto sin un criterio generoso de la vida, sin principios de rectitud, sin moral profesional, sin ideales que pongan decoro en la existencia? Y si estos sentimientos no hacen su camino al amparo del Alma Mater de la Universidad ¿lo harán luego fuera de los claustros en el campo abierto en donde los hombres luchan, de manera tantas veces egoísta y despiadada, por abrirse paso en la vida?

Con miras a esta elevación, la Universidad tiende a ser el cerebro de las naciones americanas, la conductora de sus altos intereses espirituales, su conciencia máxima.

Una Universidad así inspirada merecería el más generoso respaldo ciudadano y una amplia autonomía. Puede decirse que, en general, la Universidad latinoamericana es ya autónoma en lo espiritual, pero no económicamente todavía. Su matrícula, siendo casi gratuita y no teniendo sino por excepción rentas propias, dependen casi por entero sus finanzas de las asignaciones que vote el Parlamento. Las Universidades privadas, algunas de las cuales han conseguido justificado prestigio internacional, gozan de mayor autonomía económica gracias al apoyo generoso de los particulares. Estos ayudan rara vez a lo que tiene el carácter oficial. Juzgan que eso es sólo obligación del Gobierno.

Por fortuna, los Gobiernos de la mayoría de las naciones iberoamericanas rivalizan en el celo por dotar espléndidamente sus Universidades. Son ya muchas las imponentes construcciones modernas que han reemplazado los arcaicos caserones de antaño. Ya desde hace más de diez años inició Colombia en el Continente la creación de las Ciudades Universitarias; ya en aquella que es llamada La Ciudad Blanca de los Estudiantes, en donde todo es claridad y alegría, se levantan, en medio de prados y jardines y de hermosas avenidas, las residencias de los alumnos y de los profesores y los edificios de las distintas Facultades con sus bibliotecas, laboratorios y talleres. Allí mismo están los terrenos de experimentación y el Estadio y los campos deportivos, que tanta importancia tienen en la sana y vigorosa formación de la juventud. Todo en este ambiente convida al estudio, a la meditación, al ejercicio y al reposo también. La Ciudad Universitaria es una síntesis de todos nuestros anhelos espirituales, sobre todo hoy, cuando rige sus destinos la más alta cifra de nuestra cultura.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

Sobra explicar que cuanto aquí se ha dicho se hace extensivo a la educación femenina, pero no está por demás agregar que en muchas partes es reciente la igualdad de posibilidades educativas para el hombre y la mujer. Las tres *kaes* del idearium germánico —*Kirche, Kinder, Küche*: Iglesia, Niños, Cocina—puede decirse que alcanzaron por toda una era su máxima realidad en

los pueblos de Hispanoamérica. Las cosas son hoy de otra manera. Basta decir que a la Universidad, cuyo ingreso estuvo en un principio vedado a la mujer, y a cuyas puertas apenas si se asomó luego con pudorosa timidez, llega hoy en animosas bandadas. Ya en algunas escuelas su número es mayor que el de los hombres.

La educación de la mujer cobra mayor incremento día a día en los países de la América española. Los hombres de este sector del mundo parecen, por fin, haberse dado cuenta de que no sólo era injusto privar a la mujer de las prerrogativas que sólo para sí habíanse decretado ellos mismos, sino que, correspondiendo a la mujer la efectiva gerencia del hogar, célula fundamental de toda sociedad, era preciso levantarla al nivel de esta alta jerarquía en todas las capas sociales.

EL GOBIERNO Y LA CULTURA

En fin, el régimen presidencial de algunos países americanos da al Jefe del Estado muy amplias atribuciones. Así como la Constitución lo hace supremo comandante del ejército y director de las relaciones exteriores, asimismo le da la alta rectoría de la educación nacional. Esta circunstancia les ha permitido a los mandatarios que sintieron hondamente los problemas de la cultura realizar obras trascendentales en su corto período de mando—cuatro o seis años—en todos los países americanos.

Los Ministros de Educación gozan, por su parte, de un amplio radio de acción. Algunos están asesorados por un Consejo General, otros por Consejos especiales de Primera Enseñanza, Enseñanza Secundaria, Instrucción técnica, etc. En otros, en fin, el Ministro no dispone de Consejos consultivos, pero tiene en sus jefes de sección consejeros de calidad. Esta secciones se han ido multiplicando en el curso de los últimos años. Además de las Direcciones generales de Educación Primaria, Secundaria y Normalista, existen ahora Direcciones especiales de Educación Femenina, de Educación física, de Educación técnica, de Educación agrícola, de Educación vocacional, de Educación artística, de Extensión cultural, de Misiones y Escuelas ambulantes, y en todas estas secciones se advierte, en la mayor parte de los países, un gran despertar de iniciativas en servicio de la colectividad.

Agustín Nieto Caballero.
Calle 71 A. 14-12.
BOGOTÁ (Colombia).